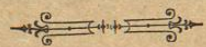


á Nueva York, al cuidado de un destacamento de marineros del "Alliance" mandado por el Teniente Fisher Wright, para que fuese consignado al Juzgado de Distrito.

A pesar de que el "Ambrose Light" no había, en modo alguno, ofendido la bandera americana, ni á las personas ó propiedades amparadas por ella; es decir, á pesar de que no se hallaba dentro de la regla general, adoptada por las grandes potencias navales, para tratar como piratas á los rebeldes de otra nación, legalmente asimilados á dichos delincuentes; á pesar de ello, bastó la irregularidad de su comisión para que el Capitán Clark lo apresara, para que el Almirante Jouett autorizara con su aprobación el apresamiento, y para que el Juez Brown, como Corte de Almirantazgo, si mandó devolver á sus dueños el barco apresado, los condenara al pago de los gastos del juicio y explícitamente declarase legítima la captura del "Ambrose Light."¹

¹ Este caso del "Ambrose Light" viene referido en un estudio titulado: "Rebeldes y beligerantes," publicado en la Revista "Pennsylvania Law Series," correspondiente á Abril de 1905.



X.

El decantado heroísmo de Marín.

Referidos los hechos con exactitud y puntualidad, y fijados los principios jurídicos que rigen la materia, puédesse ya juzgar la conducta de los personajes que figuraron en aquel notable episodio de nuestra Historia.

No reprocharé aquí á Marín, por no ser pertinente en este lugar, su rebelión contra las Instituciones que él, como marino de la Armada nacional, había jurado defender. Si las creía perjudiciales para la Patria debió abstenerse de jurarlas, sacrificando su grado y su empleo; pero una vez juradas, su honor militar le obligaba á defenderlas. Juzgaré, pues, la conducta de Marín, en su condición de Jefe de Escuadra del Gobierno ilegítimo; y no le reprocharé que, en cumplimiento de sus nuevos deberes, háyase encargado de organizar, conducir y mandar la escuadrilla destinada á cooperar con el ejército de tierra, en el asedio de Veracruz.

Ya hice notar cuán indebidamente dejó Marín al "Marqués de la Habana"—buque comprado por orden y cuenta de su Gobierno y colocado bajo su propio mando superior—el supradicho nombre y la bandera española, pretendiendo así, con estas engañosas apariencias, amparar á uno de los barcos de su escuadrilla bajo la égida de un pabellón

extranjero. El simple hecho de hacer pasar por extranjero á uno de los barcos de su División naval de operaciones, es ya altamente indecoroso, y hace presumir, en Marín, el antipatriótico propósito de dar un pretexto al Gobierno español, para que pasase de la neutralidad mal guardada á una abierta hostilidad, respecto del Gobierno de Juárez. Esto podrá considerarse como hábil, pero no por eso dejará de ser reprochable, pues la habilidad no es lícita si rompe los límites del decoro.

Admitiré que—como dice Villaseñor—una orden equivocada de Miramón fué la causa de la innecesaria ida de la escuadrilla á Punta Delgada, de donde se dirigió al fondeadero de Antón Lizardo, en cuya travesía, y al pasar frente á Ulúa, surgió el incidente de la petición de bandera, desatendida por Marín. No haré á éste responsable de la innecesaria variación de ruta á que acabo de referirme; pero, sí, del paso, también innecesario, á la vista de la fortaleza y de la ciudad enemigas.

Ha dicho Marín, para justificar la falta de bandera en sus buques y su negativa á izarla cuando se le pidió desde Ulúa que la mostrara, ha dicho, repito, que no lo hizo, entre otros motivos, “ para evitar que las gentes de Veracruz se valieran de eso para repetir invenciones y *porque no estaba yo en el caso de darne á conocer de los enemigos de mi Gobierno.*” Por estas palabras se ve, con toda claridad, que Marín conocía la inconveniencia de que su llegada fuese conocida en la plaza de Veracruz. Para que se aprecie la magnitud de esa inconveniencia, recordaré que la escuadrilla conducía, con destino al ejército sitiador, una gran cantidad de armas y municiones de boca y guerra, cuyo desembarque podría ser impedido ó dificultado, por tierra y mar, si los constitucionalistas de Veracruz tenían oportuno conocimiento de la llegada de los barcos de Marín. Ahora bien, no ya á un experto Jefe de escuadra, sino hasta á un simple grumete se le ocurre que el medio más sencillo, más

fácil y más seguro de no ser conocido, lo mismo tratándose de un hombre que de un buque, consiste en no ponerse al alcance de la vista de aquellos de quienes se desea permanecer desconocido. Bastábale á Marín describir una gran curva de Punta Delgada á Antón Lizardo, para mantenerse fuera de la zona visual de Ulúa, evitando por completo, de ese modo, el inconveniente, rayano en peligro, de ser conocido por los enemigos de su Gobierno al pasar frente á Ulúa. Es claro, que habría empleado mayor tiempo en la indicada travesía; pero esto en nada lo perjudicaba, pues Marín no tenía precisión de llegar á Antón Lizardo á las 5 de la tarde, que fué la hora en que arribó á dicho fondeadero, situado dentro de la ya indicada zona visual. En cuanto á comunicarse con tierra y recibir nuevas instrucciones de Miramón, en nada lo impediría la llegada de la noche. Y no se diga que Marín creyó que, para no ser conocido, le bastaría con no mostrar bandera; pues esa misma circunstancia volvería sospechosos á sus buques é induciría á sus enemigos á preparar, como aconteció, una expedición de reconocimiento y captura.

La torpeza de Marín es aquí incuestionable. Ella dió oportunidad para que fuese capturada la escuadrilla, antes de que un marino arrojado y experto tomase el mando del “Marqués de la Habana,” y antes, también de que fueran desembarcadas las armas y municiones de boca y guerra, de que hallábanse tan necesitadas las tropas sitiadoras.

Llegado á Antón Lizardo, y tras haberse negado á mostrar bandera, Marín debió prever la posibilidad de un ataque esa misma noche. En consecuencia, no debió consentir en que volviese á tierra el Capitán de fragata Don Francisco Canal, que debía encargarse del mando del “Marqués de la Habana,” sino retenerle y encomendarle desde luego dicha comisión. Esta nueva torpeza de Marín hizo que, á la hora del combate, no pudiera contar con la eficaz ayuda del “Marqués de la Habana,” que, en aquellos crí-

ticos momentos, se hallaba mandado, no por un Capitán de marina de guerra, sino por uno de marina mercante.

Además, ante la posibilidad de un combate inminente, no debió Marín echarse á dormir como un lirón. Disculpándose de esta falta, dijo: "me bajé á mi cámara á las diez de la noche, *porque estaba desvelado de las anteriores y sumamente rendido.*" No podrá darse una disculpa más torpe; pues, suponiendo que sea cierto el hecho en que se funda, resulta que, en las noches anteriores, es decir, cuando no existía el peligro de ser atacado ó este peligro era muy remoto, Marín se desvela y ejerce por sí mismo la vigilancia de su buque; y, cuando ese peligro es inminente, se baja á su cámara, se mete en el lecho y se entrega al sueño con toda tranquilidad. Marín, como era natural, debió haber seguido, durante la travesía una vida normal, para no encontrarse, á la hora del peligro, *desvelado y sumamente rendido*, y para poder atender entonces debidamente á la seguridad de la escuadrilla colocada á sus órdenes. Su descuido es evidente, su excusa inaceptable.

Marín debió suponer—dado su obligatorio conocimiento de las Ordenanzas de Marina—que él y su escuadrilla serían declarados piratas. Aun hay más. Marín supo que así había sucedido; pues consta, que en su travesía de la Habana á Punta Delgada, encontró al vapor "México," que se comunicó con él, y que tomó informes de lo acontecido en Veracruz.¹ Y, como es increíble que no se le diera el

¹ Villaseñor, obra citada, pág. 12:

"Entretanto el "Miramón" habíase adelantado y en aguas de Sísal encontró al vapor correo español "México;" apenas aquel le divisó enarboló su bandera mexicana en el palo de mesana, y *se puso al habla con éste*: desprendido un bote que así mismo llevaba á popa las insignias mexicanas del "Miramón," en el que iba Don Julio Marín, hijo del contra-almirante, y un oficial, subieron á bordo estos señores y entre las personas conocidas que encontraron, estaba Don Manuel S. Vila, que huyendo del sitio iba con su familia en el "México" para la Habana.—El Capitán del buque español confirmó los rumores que corrían de que *los Estados Unidos tomarían parte en la contienda* y después de despedirse, el "Miramón" siguió rumbo á Punta Delgada á reunirse con el "Marqués."

que más le interesaba, es claro que Marín supo desde entonces que habían sido declarados piratas él y sus subordinados. Aun colocándose en la suposición absurda de que Marín no recibió ese informe de los pasajeros del "México," amigos suyos; como al fondear en Antón Lizardo, recibió á bordo á los emisarios de Miramón, quienes le pusieron al tanto de cuanto importante había sucedido, es inconcuso que, antes de la noche de la captura, Marín conocía á ciencia cierta la declaración de piratería expedida por el Gobierno Constitucional.

Además, Marín sabía—cuando menos por el caso de Narciso López y por el de la trata de negros—que es potestativo, para todas las naciones extranjeras, tratar como

A propósito de estos rumores y para hacer creer que eran fundados, el Sr. Villaseñor pone á páginas 21 la siguiente nota: "No solamente ese rumor lo sabía Marín por comunicación oficial: en carta *que tenemos á la vista* se nos dice por persona que estaba al tanto de los sucesos: "Estando yo en la Habana á la sazón que el Gral Marín se ocupaba en la compra de barcos, etc., para el Gobierno de Miramón, recibí yo carta de mi amigo X. residente en Veracruz en que me decía: *La escuadra de Marín está condenada ya.* Hágale saber cómo andan las cosas; no sea que sus barcos *varen ó zozobren.*"—Pero desgraciadamente Marín, á quien mostré en la Habana la carta, creyó, como lo dijo, que los americanos no se atreverían á mezclarse en la cuestión y menos á cometer actos de hostilidad en aguas mexicanas.—En vano le objeté yo que una Nación rica y fuerte se atreve á cuanto le da la gana con naciones débiles. Al fin llegado el caso, todo se arregla con una indemnización en dinero, y algunas salvas y saludos."

Hizo bien el Sr. Villaseñor en callar el nombre de su amigo X., pues así le evitó el ridículo consiguiente á su absurda inferencia. El peligro que se anunciaba en la carta mostrada á Marín era el de que sus barcos varasen ó zozobrasen; es decir, un peligro interior, proviniente de la misma tripulación de la escuadrilla. De aquí se infiere que X., al decir que la escuadra de Marín estaba condenada, indicaba que uno ó varios individuos se engancharían en la expedición para causar por medios arteros la perdición de los barcos; pero no que indicaba la probabilidad de que los Estados Unidos se mezclasen en la cuestión. Se necesita que la pasión de partido ciegue por completo, para que una persona, tan inteligente é ilustrada como el Lic. Villaseñor, acoja y repita el absurdo de que pueden hacer varar ó zozobrar un barco los individuos que no se encuentran en él. Los proyectiles de buques enemigos pueden hacer que se hunda un barco en los mares; pero, entonces, no se dice que éste zozobra, sino que fué echado á pique. Por lo demás, el absurdo de referencia no quita que X. repitiera á Marín lo que ya le había comunicado su Gobierno: que *se decía* que los barcos de los Estados Unidos intervendrían en la cuestión.

piratas á los que han sido asimilados á tales delincuentes por las declaraciones de su propio Gobierno; y sabía también que era probable que así lo trataran los Estados Unidos, pues el Ministro de la Guerra de Miramón había cuidado de prevenirlo á este respecto. El mismo Marín refiere esta circunstancia en su carta á Carballo, pues dice: "el Gobierno me tenía prevenido, como Ud. sabe, que, á pesar de que se decía que los yankees tomarían parte en la defensa de la plaza y de las lanchas, esto no era creíble porque violarían la neutralidad y el derecho de gentes, por lo cual, —es decir, porque, aunque juzgándolo poco probable, era posible un ataque de los americanos— debería procurar evitar un choque ó una complicación." En consecuencia, Marín debía prever, á más de un ataque de los buques que creía que se hallaban al servicio de Juárez, otro de los buques de guerra americanos surtos en aguas de Veracruz. En el primer caso, debía estar dispuesto para luchar, si creía hallarse en favorables condiciones de combate. En el segundo caso, debía estar listo para eludir el encuentro conforme á las instrucciones de su Gobierno.

Dados estos antecedentes, es inconcuso que Marín debió alejarse de Antón Lizardo con su escuadrilla, tan luego como observó que era una corbeta de guerra americana la que se dirigía hácia allí. Marín por vía de precaución, había hecho que quedaran con algún vapor las calderas de la maquinaria de su buque y apenas subió á cubierta, es decir, á las once y cuarto—más bien antes que después, como vimos ya—mandó activar el fuego de la máquina; así es que á las doce, que fué cuando se vió—según el dicho de Arias—que era una corbeta americana la que se acercaba, el "General Miramón" hallábase ya en condiciones de abandonar el fondeadero y lanzarse á la mar. La "Saratoga" tardó todavía media hora en aproximarse al punto en que había fondeado la escuadrilla de Marín. De modo que éste contó con media hora para sacar á la corbeta una gran de-

lantera. Aun sin esta circunstancia, era imposible que una corbeta de vela, que navegaba á remolque, diera alcance á un barco de vapor. Turner habría advertido el movimiento del "General Miramón" y habría destacado en su persecución, aun antes de lo que lo hizo, pero desde mucho más lejos, al "Indianola" y al "Wave" y éstos no habrían alcanzado al buque de Marín, sino á gran distancia de la "Saratoga." Además, el "General Miramón" maniobrando con calma y sin haber perdido á tres de sus timoneles, puesto que aun no se habría hallado á tiro de sus perseguidores, no hubiera encallado, y saliendo libremente del fondeadero, habría podido emprender en plena mar, y en condiciones muy favorables, un combate con el "Indianola" y el "Wave" sin que éstos pudieran ser auxiliados por la "Saratoga" y sin que apareciera que había luchado con barcos americanos, puesto que se hallaba en la, aunque errónea, fundada creencia de que dichos buques pertenecían al Gobierno de Juárez.

Marín trató de realizar este plan, pues, como dice Villaseñor, "levadas anclas, el "Miramón" se puso en movimiento, pues esperaba ponerse en franquía, y ya en alta mar fácil le hubiera sido echar á pique al "Indianola" y al "Wave" y escaparse del "Saratoga." ¹ Marín, repito, trató de realizar este plan, pero tardíamente, fuera de tiempo, cuando ya la "Saratoga" había disparado el cañonazo de prevención; cuando ya el "Indianola" estaban tan cerca, que en pocos momentos se puso á estribor del "Miramón;" cuando el "Wave" hallábase también no muy lejano; y cuando su propio buque tenía que buscar el estrecho y peligroso canal de salida, en medio de un combate y bajo un fuego terrible que hacía presumible la muerte de los timoneles.

Esta morosidad de Marín fué causa de que el "Miramón" se viera en condiciones insostenibles de combate, que le llevaron á capitular; y como esa morosidad implica una des-

¹ Obra citada, pág. 19.

obediencia á las órdenes de su Gobierno, órdenes que le prevenían evitar un choque con buques americanos, resulta, que la captura de la escuadrilla debióse á una desobediencia de su Comandante en jefe.

Marín no largó bandera ni al divisar á la escuadrilla de Turner, ni al ver que ésta se le aproximaba, ni al disparar la "Saratoga" el cañonazo preventivo, ni al combatir con el "Wave" y el "Indianola;" y, de esta manera, por culpa suya, el "Miramón" conservó el carácter sospechoso que había asumido al pasar frente á Ulúa, y tomó la actitud vergonzante de quien no se atreve á ostentar el pabellón que le ha sido confiado.

Hemos visto al "Ambrose Light," que navegaba con la bandera blanca de la cruz roja—distintivo convencional adoptado por los barcos rebeldes colombianos para reconocerse entre sí—izar el pabellón de Colombia apenas disparó el "Alliance" el cañonazo de prevención. Hemos visto al "Huáscar" ostentando orgullosamente en sus topes, no sólo el pabellón peruano sino la insignia del Jefe Supremo de la Nación—reveladora ésta última de la presencia de Piérola en el monitor rebelde—lo mismo al combatir con los barcos fieles al Gobierno, que al luchar con los buques ingleses del Contra-almirante de Horsey. Sólo Marín trató de ocultar la condición de su buque, dejándolo sin enseña ante el enemigo y durante el combate.

Queriendo disculparse de falta tan notoria ha dicho Marín que, muertos ya dos de sus timoneles, envió á los otros dos, uno para que gobernase el buque y otro para que izase el pabellón. Ya hice ver cuán inverosímil es semejante disposición; pero, como lo inverosímil no es imposible, supondré que en efecto sucedió lo dicho por Marín; y, entonces, no por eso desaparecerá la falta mencionada, sino que surgirá á su lado una falta nueva. Marín debió izar en su buque el pabellón mejicano, á más tardar, cuando la "Saratoga" disparó el cañonazo de prevención. Es así que él mismo

confiesa, puesto que dice que ya habían muerto dos de sus timoneles, que iba á hacerlo después de que el "Miramón" había disparado sobre sus perseguidores y éstos sobre dicho buque; luego Marín, aunque tratara tardíamente de enmendarla, había cometido la falta de combatir sin mostrar bandera, cuando hasta los piratas genuinos arbolan osadamente su negro estandarte. Como se ve, la citada falta de Marín subsiste á pesar de su explicación y á su lado aparece la falta de haber empleado innecesariamente, al cuarto de sus timoneles—cuando la muerte de dos de ellos estaba indicando la probabilidad de que falleciera el tercero—en una ocupación inadecuada, que podía llenar cualquiera de los grumetes. Si al morir el tercero de los timoneles, no se hallaba listo el cuarto y último, para substituirle en el gobierno del "Miramón," fué porque Marín lo había distraído de sus naturales funciones; y si por falta de gobierno, el buque encalló, y quedó por lo mismo imposibilitado de escapar á la caza de sus perseguidores, debióse también—dando crédito á las palabras de Marín—á una inaudita torpeza del citado marino.

La actitud del "Miramón" en el combate de Antón Lizardo no es la de un bajel que se lanza á la lucha, resuelto á triunfar ó á sucumbir, sino la de un barco que trata de esquivar la lucha y que, al huir, hace fuego sobre sus contrarios para detener su persecución. Aun suponiendo que esa huida obedeciera á un pensamiento estratégico—lo que, de ser así, no habría dejado Marín de mencionar—es decir, si la tal huida no hubiera sido real, sino tan sólo aparente, para dividir á sus contrarios, alejarlos unos de otros, y batirlos entonces en plena mar, con notoria superioridad; aun así, esa primera parte del combate podría ser calificada, respecto de Marín y de sus marinos, de hábil, pero nunca de heroica.

Hubo un momento en que, acosado muy de cerca por el "Indianola" y desconfiando de ganar la salida por el canal